

Notas y Textos

EL MUNDO MÁGICO DE PEDRO GILABERT

Conferencia pronunciada en la Excma. Diputación Provincial de Almería, el 5 de junio de 1.986 dentro de las jornadas «Encuentros con Pedro Gilabert», patrocinadas por la Diputación en pro del Museo del Almanzora.

JULIO ALFREDO EGEA

Compañeros en la amistad hacia Pedro Gilabert:

Creo que Pedro sería un interesante motivo de estudio para etnólogos y antropólogos, también para críticos de arte. Yo, ni quiero ni puedo hacer que esto sea un estudio ni una crítica. No estoy preparado para trabajos de este tipo. Mi intención es hablaros del hombre y de su obra, apasionadamente, desde mi devoción y mi cariño. Poner mi palabra, el humilde temblor de mi palabra de poeta al servicio de su conocimiento, con el gozo de colaborar en estos días de homenaje, y con mi agradecimiento personal a todos aquellos que han hecho posible este acontecimiento.

Es justo, es noble, pero insólito, el hecho de homenajear a los artistas en vida. Un resquemor de fracasados, una indiferencia de incomprendidos, a veces los cobardes manejos de la envidia hacen que no ocurra con frecuencia. Por eso, los que han hecho esto posible, amigos del artista con tesón e iniciativa, autoridades inteligentes y atentas a lo verdaderamente valioso e importante, todos han dado un testimonio de lucidez y de honrada nobleza. Como amigo de Pedro Gilabert y como persona integrante en ese mundo de la creación, muchas gracias.

TRABAJO MANUAL DEL HOMBRE

Hay una escala bien definida en el trabajo manual del hombre, y a las distintas situaciones de esa escala les da carácter la mayor o menor intervención del espíritu. El peldaño más bajo, y no lo digo con menosprecio al ser que lo realiza; me parece sagrada toda actividad, todo sudor cumplido, todo hombre en entrega. El peldaño más bajo en relación con la aportación de espíritu, digo, es el de simple obrero manual condicionado por el maquinismo y la rutina, que puede llegar a un extremo de deshumanizaciones y envilecimientos. Desde estos límites hasta el peldaño intermedio, a media altura, que constituyen las artesanías, hay muchas facetas. En las artesanías el hombre se realiza de manera más acorde con su condición de ser humano, con su potencial físico y espiritual que el ejercicio inteligente debe hacer crecer y desarrollarse para proporcionarle un gozo de frutos logrados. Y considero la palabra artesanía en un sentido amplio, no como el Diccionario de la Real Academia que recorta el concepto llamando artesano al «que hace por su cuenta objetos de uso doméstico, de una manera personal, cuando la artesanía abarca toda la sabia y esforzada labor del campesino, labrar, hacer el queso, talar el árbol..., un sinfín de actividades, y toda la gama de oficios, del mágico trajinar del hombre por el mundo de los oficios infinitos: el herrero, el carpintero, el albañil, el alfarero..., oficios que cuando se realizan con amorosa entrega, con el gozo de cumplir una tarea que no sólo de por resultado el sustento propio y familiar, con ser tan importante, sino que pueda colmar la dimensión total del hombre al sentirse repartido en el mundo, al justificar en los adentros su existencia, al ir dejando su esfuerzo físico y su aliento espiritual en la obra bien hecha.

El escalón más alto, la cumbre de esta escala de las actividades del hombre es el Arte. Cuando la aportación espiritual es máxima, cuando la imaginación es un llamear esplendoroso orlando de cálidas luces la búsqueda y el hallazgo, cuando el hombre, con sufrimientos y gozos, en parto transcendente, crea algo distinto y personal, sobrepasando los linderos del oficio y la rutina, transmitiendo una emoción estética, es indudable que se ha traspasado la frontera de la artesanía, del oficio bien cumplido, para entrar en los territorios del Arte. Por eso se ha dicho que «el Arte es el motor supremo del Espíritu, considerando como la facultad creadora del hombre». Y ésto, todos lo sabéis, esta escala de actividades que conocemos por la historia, que hacen la historia del hombre, y que continúa desarrollándose en la tierra, y seguirá hasta el posible y misterioso fin de los tiempos, es algo conocido por todos pero que quiero resaltar por dos razones. La primera porque al hablar de Arte, de las excelencias del Arte como actividad humana, estoy homenajeando (que es de lo que se trata) a nuestro Pedro Gilabert. El arte es el resultado plástico de un canto a la Libertad y a la Belleza, y nuestro artista da testimonio cotidiano de este hermoso quehacer. Y en segundo lugar, otra razón es que Pedro pasó por todas las escalas de la actividad manual del hombre. Y todo lo hizo bien. El fue obrero manual que tuvo que sufrir emigraciones, los exilios del hambre, por tierras africanas, francesas, americanas...Sufrió soledades, quedaron cicatrices, pero dio testimonio de su hombría de bien y volcó en otras tierras las esencias de artista que el mismo ignoraba, en su trato con otras gentes.

EL HOMBRE Y SU ENTORNO

En Argentina, nos cuenta, fue algo así como capataz de indios y mestizos. Don Pedrito, lo llamaban. Se preguntaría aquella gente, la indiada, el peonaje, sobre la cual pesaba una historia de látigos y penas, la historia de los parias de América, de los parias del mundo...¿De dónde llegó este don Pedrito con el alma de azahar, extraño mensajero del pan y de la rosa, con sed de justicia en su concepto natural, hombre abierto y entero? Pedro Gilabert, ellos no lo sabían, era de un rincón del Almanzora, de una estirpe de campesinos almerienses que -mano abierta y corazón abierto- daban a su palabra categoría de ley natural, en la verdad y el amor, en la honradez frente a la vida.

En estas etapas andariegas de Pedro por el mundo se iría dejando el alma enredada en seres y paisajes, pero fue enriqueciendo su equipaje de vivencias, fue forjándose -sin saberlo- para su última arribada, para su llegada decisiva a los dominios del Arte.

La vida artesana de Pedro empezó en la niñez y aún continúa. Empezaría de niño, aprendiendo a mimar a una tierra pobre para hacerla fecunda, en ese tiempo del espionaje de los pájaros que tantas lecciones dan a los niños campesinos, lecciones de amor y armonía, y continúa ahora, cuidando su pequeña huerta, las habas, las lechugas..., enjazeando una mula para ir en busca de la madera,..., y hasta haciéndose sus propias herramientas -labor de artesano para cumplir su gran labor de artista-.

¿Cómo fue su llegada al Arte? ¿Cómo rompió el venero secreto de su impulso creador contenido? Me lo ha contado. Un hombre de la comarca (quizá sea ése del que voy a hablar más adelante) fabricaba arados romanos en miniatura; fueron a Albox, en una feria y un nieto suyo deseó que le compraran uno de aquellos arados, pero ya estaban todos vendidos y él se puso a trabajar la madera para hacer un arado para su nieto. De esta forma Pedro realizaba su mejor obra artesana para, a partir de ahí, dar salida al fabuloso mundo de sus criaturas entresonadas. Lo primero que hicieron sus manos fue tallar y ensamblar las piezas de este instrumento, el arado romano, que es algo así como el escudo de armas de la nobleza campesina, como el escudo de armas de todos los que pertenecemos a una estirpe labradora. A partir de aquel día ya tenemos al hombre en su febril tarea, pero hablemos de su entorno y de la materia a la que dará vida artística.

Su tierra y su casa, en Las Huevanillas, en Arroyo Aceituno, un afluente de sed del Almanzora, de esta rambla grande que llaman río, de este cauce dispuesto, preparado, como una súplica no atendida, en donde yo creí encontrar un día (lo digo en un poema de mi libro «Los Regresos») el esqueleto del último caballo como un símbolo de la definitiva agonía de la tierra: *«El hambre de los cuervos sobre las quillas blancas, cuando guardaba el eucalipto su sortija de crines, mientras las dentaduras conservaban su gesto entre el sol y la arena...»*

Los cauces dormidos del Almanzora y sus arroyos son la yerma matriz de una tierra violada ferozmente por el sol. Espejo gris de muerte, pero propicio territorio del milagro, siempre en trance de resurrecciones. Esta tierra, o ceniza, o derribado escombros de luna, es una diosa que despierta ante la más leve caricia del agua y manifiesta sus secretas, infinitas fecundidades. Desértico dolor y repartidos, mínimos esplendores de oasis. En uno de

ellos, Las Huevanillas, esculpe y sueña Pedro Gilabert. Se da el milagro artístico...Y el milagro vegetal. El milagro vegetal se da sin apenas la caricia del agua. Florecen las adelfas de los caminos gitanos de García Lorca, aquí se llaman baladre, planta maldita, ni siquiera ofrenda al mordisco de las cabras; flores gitanas de cauce y de camino -rosadas, blancas, rojas-, nacidas en un parto de arena, disimulando sed, como flores del mal en disfraz de hermosura. ¿En dónde está la vida...? Intenta negarla la quietud mineral del lagarto, y una bandada de jilgueros que pasa de largo por unos vientos de emigración. Entre los árboles, en el privilegio de los pequeños oasis, es rey el olivo, mediterráneamente rey, en hereditarias monarquías del árbol, junto a la higuera de lijas y al limonero. Es distinto este olivo al de las ricas Andalucías lejanas, retorcido, en ahorro de ramajes con prevención de sequías, pero en sus ramas tiene rumor de vientos bíblicos y se siente árbol elegido, sabe que cuando muera no será crepitar de llamas, montón de cenizas, que le esperan las manos redentoras de Pedro Gilabert para darle una eternidad de belleza.

El olivo es su materia, y también el mármol, el blanco esqueleto de la vecina Sierra de los Filabres; pero el olivo, su vieja madera, es predilecta y casi exclusiva materia en la labor del artista. Los diversos tonos de color, según la edad del árbol, serán elegidos según el carácter, en consonancia con el carácter, el tema o la significación de la obra. Trabajar con esta madera, centenaria a veces, da seguridad de permanencia, de que no sufrirá deterioros con el paso del tiempo. Yo he pensado, he soñado, he llegado a la conclusión de que el mismo Pedro es un olivo, un olivo que un día se echó a andar, y que entró plenamente en los territorios del Amor, es decir, en los territorios del gozo y del sufrimiento.

MIS VISITAS A PEDRO

Subiendo por Arroyo Aceituno, buscando la casa del artista, yo casi siempre me he perdido. - *¡Por allí, por donde está el algarrobo, a la izquierda!*, me grita un hombre sudoroso que siempre aparece en el momento de mi pérdida, como un misterio en aquellas tierras de soledad. Y llego a las Huevanillas. Me recibe María, la esposa de Pedro. Casi todo artista tiene, providencialmente, detrás una mujer que cuenta, tasa, calcula..., es necesaria para la supervivencia del artista. Pedro y María reciben al visitante con el pan y el vino sobre la mesa, con ese antiguo calor de humanidad que es común a todos los pueblos primitivos de la tierra, y que aún conservan nuestros viejos campesinos. A Pedro lo encuentro casi siempre en su estudio; una especie de reducida cochinería sin ventanas, de techo bajo, con las herramientas hechas con sus manos por el suelo, con troncos a medio tallar, con olor a maderas heridas. Este insólito estudio está en el jardín, en ese jardín que es el corazón de su pequeño oasis. Pedro entra y sale de realizar sus sueños, acariciando a los geranios. Al lado del jardín hay un pequeño huerto en donde cultiva habas, ajos, lechugas... en donde pervive su vocación huertana. ¿Por qué no abandona Pedro su lóbrego cubil y se sale a esculpir al sol, a la sombra del parral, en cerco de geranios?. Acaso necesite huir del sol, de la llamada de las flores, del concierto absorbente de los pájaros, para que lo cerque el mundo mágico de sus seres soñados, para ir pellizcando a la madera y hacerla sonreír o entristecerse.

¿En dónde estudió...? ¿Qué artistas fueron sus iniciadores...? ¿En qué libros bebió ideas? ¿En qué museos descubrió estilos? Fue sólo la Vida su gran maestra, sólo supo lo que le daba y quitaba la Vida diariamente, mitad angustia, mitad primavera. El dolor, el gozo, la soledad, el estar sumergido en la Naturaleza, las emigraciones...¿No es bastante...? ¿Puede suplirse de alguna forma la falta de la «otra cultura», el conocimiento profundo de lo que han pensado, sentido, pintado, esculpido los hombres en tantos siglos de historia...? Yo creo que artistas como Pedro tienen predestinado un ángel especial, que existen ángeles especiales para estos casos, que soplan al oído, que suplen la falta de un bagaje intelectual, que extienden la blancura del ala sobre la parcela desierta. Por eso Pedro puede hablar durante horas de cualquier cosa, exponer su santoral, o aclarar incógnitas sobre seres extraterrestres, o describir monstruos marinos... Y no con charlatanería vana, sino con la lengua ingenua de un niño, atendiendo al soplo del ángel...

Pedro es uno de los seres que he conocido con mayor «cultura en la sangre», esa cultura no libresca, transmitida en los genes, en siglos de civilizaciones, de la que nos habla García Lorca refiriéndose a los campesinos andaluces o al genial cantaor Manuel Torre. Sus ojos picassianos, profundos, guardan sus álbumes secretos con infinitos seres y paisajes. Yo a veces creo, lo he dicho en otra ocasión, que esculpe con sus ojos, que se remansan en mansedumbre, cobijando mareas de ternura, pero que, a veces, son un acero oscuro que perfora y llamea por los dominios de la madera. Nos habla Pedro y descubrimos frisos con habitantes clásicos en su alma planetaria. Ríe como ríen los niños y las aguas en tromba; su risa no es superficial jolgorio, sino su explosión vital, su manera de manifestar sus emociones, y por eso tememos que cuando ríe se nos muera entre los brazos, falle su corazón débil y poderoso a la par. En las palmas de sus manos, erosionadas en la caricia y el sudor del trabajo, podría estudiarse como en un mapa de viva epidermis, toda la historia del hombre sobre el mundo, desde los primeros pobladores.

¿Qué edad tiene?, me preguntaban la otra tarde. Y yo contestaba con una sonrisa, alzando los hombros. Este hombre, como todo artista verdadero, no tiene edad; no sufrirá su gráfico vital (ya se está viendo) ese descenso en ilusiones, vigor de espíritu, vigencia de deslumbramiento, panorama de auroras, que van perdiendo normalmente los hombres. El paso del tiempo no vence a los artistas, tampoco lo vence la muerte, sólo les para el corazón.

No es extraño que un ser tan entrañable, de tan insólitos poderes y ternuras, haya conquistado el alma de los poetas. Dice Juan José Ceba, iluminado por el espíritu vivo de la obra de Pedro, que sus «*olivos respiran y empañan los espejos*». La palabra de este poeta se hace saludo y reconocimiento: «*Llegaste pedro-dios y a punta de navaja primitiva pusiste a hablar a este campo de olivos que circunda tu casa*». Cala Juan José en el desvelo artístico, fecundo, del artista:

«Las noches amarillas te arrojan de la cama,
tienes pájaros rojos bulleando en el cerebro,
te picotean, te asaltan, chillan,
quieren nacer
tus pájaros de olivo».

Y en esta estrofa, perteneciente a un largo y profundo poema, nos da la clave y las razones de toda la obra de Gilabert:

«Cómo crecen las formas en lo que tú respiras,
en lo que tú contemplas con los ojos del tiempo,
ojos de la aventura sabios y decididos
a mirar en la oscura cavidad de la infancia».

Domingo Nicolás juega con el verso, en juego paralelo al del artista, con agilidad y gracia, lleno de admiración y de sorpresa ante sus seres:

«Juguemos a la baraja
cantos de sal y pimienta,
puro canto de navaja:
Juguemos a la baraja,
labores de tu herramienta.
Temeraria dualidad.
Trotacabra, trotaoveja,
sois en la misma unidad,
capricornio, ojo sin ceja.
¡Oh!, aventura elemental.
Juguemos a la baraja
cantos de pimienta y sal».

O también, bucea su asombro por el santoral gilabertiano y se resuelve en salada pi-rueta poética:

«¡Oh, Jesús de Gilabert
-gláuco Cristo medieval
con ojos de par en par
y con falda de escocés...!
¿quemé yo tu catedral?
Pudo ser,
y tú la intentas salvar».

Todo escritor, todo intelectual, que se ha asomado al alma de Pedro Gilabert y su mundo, ha gozado cumbres de deslumbramiento. José Luis Muñío dice: «*Atónitos miraron los mortales este nuevo mundo recreado y vieron que era bueno*».

Y Ángeles López acierta cuando apunta: «*Junto a su simplicidad hay un empuje revolucionario*». Y Miguel Ángel Blanco, en visión certera: «*Pedro Gilabert mantiene la especial inocencia de la raíz del árbol y establece un diálogo con su forma de interpretar la eternidad del encuentro entre materia y la propia idea*».

¡Cuánto me hubiera gustado escuchar un diálogo entre Pedro Gilabert y Jesús de Perceval! ¡Tan distintos y distantes...! Jesús era un hombre del Renacimiento y esto lo dice todo; el Renacimiento abrió puertas en todas las murallas para salir al siglo de las Luces. Pedro Gilabert es anterior, está por los linderos de la prehistoria; el alma de Pedro Gilabert es una vidriera medieval en la que siempre canta un pájaro románico.

Distintos y distantes pero ambos modernos en el sentido justo de la palabra, en creación cotidiana para el hombre recién nacido y para el que tiene que nacer.

Ahora sueño y reproduzco el encanto de ese diálogo imposible; se metió por enmedio la espada de la Muerte y ya no es posible el profundo enfrentamiento entre dos edades del mundo, con un aliño de sensibilidades supremas que habría sido esa conversación soñada por mí, entre Jesús de Perceval y Pedro Gilabert.

¿Existen otros artistas parecidos, sin formación académica, sin (lo que es más importante) la forja autodidacta de conocimientos y contactos con las realizaciones del Arte en la Historia? Es indudable, de vez en cuando tenemos noticias de alguno, perdido en cualquier rincón de España, y fuera de ella. Yo he localizado, en mi reciente viaje por América a un artista similar por Iguazú, en donde se derrama el Amazonas en hermosísimas cataratas -tierras antípodas de las de Pedro-, en donde convergen las fronteras de Brasil, Paraguay y Argentina. En Cerricos, aldea de Oria, próxima a las tierras de Pedro, trabaja la madera Antonio Marchán, en una artesanía que para pasar a ser arte le falta el soplo de la imaginación, el poder creador. Antonio Marchán hace delicadas sortijas de hueso de melocotón, miniaturas con huesos de aceituna, arados, instrumentos cotidianos, preciosos objetos de adorno... Es un miniaturista con paciencia oriental, con la virtud de una habilidad exquisita.

El producto artístico de estos seres elementales, con un bagaje cultural parecido, en principio, se parece, y no es cierto que tengan unos influencia de otros; no se conocen. Se parecen sus obras por la misma razón que se parecen las pinturas rupestres de todas las cuevas prehistóricas del mundo. Cuando los hombres están en circunstancias de sensibilidad y cultura parecidas, sus realizaciones son parecidas. A pesar de todo, por encima de estas consideraciones, creo que nuestro artista no tiene par, como todo artista verdadero, que es ejemplar único e irreplicable por razones de la personal gracia de su imaginación poderosa.

LA COMPLEJIDAD DE SUS REALIZACIONES

Adentrémonos por su obra. La lectura de «Teoría y juego del duende», de Federico García Lorca, esa preciosa conferencia que dio el poeta, tan sutil y esclarecedora, nos ayuda a comprobar que la maestría, las facultades y la técnica (con ser importantes) no es lo que nos cautiva y nos importa en esta obra; es el duende, ese difícil y alado aliento que ha puesto el escultor. «*Todas las Artes son capaces de duende*», dice el poeta, y aquí entre estas maderas labradas está el duende, el «*espíritu de la tierra despertando por las últimas habitaciones de la sangre*». También, y todo está en relación, da valor indiscutible a esta obra su gran

poder de sugerencia. En un poema, un cuadro, una escultura, una sinfonía, en cualquier obra de Arte el poder de sugerencia es fundamental, y esas esculturas abren ante la sensibilidad del que las ve con ojos de caricia creadora, abren digo, muchos caminos a la sugerencia, a desvelar gozosamente sus secretos y símbolos.

Por su temática y significado podría clasificarse la obra en tres partes muy complejas pero muy diferenciadas: el santoral, la fauna y los juegos. Es prodigioso su santoral, desde crucificados que parecen un rescate de escombros medievales, hasta esos santos humildes, anónimos, con sorprendidos ojos por encontrarse de pronto en este mundo, de la mano de Pedro, con ojos de sorprender auroras, con ojos de aves saliendo del reinado de la noche... Todos esos santos y cristos tienen su historia original en boca de Pedro, un tanto apartada de relatos bíblicos y libros de devoción, historias híbridas de liturgias con ensoñaciones. Pedro escribe, esbozó su novela autobiográfica, anotó sus recuerdos de la guerra... y los que hemos recibido cartas tuyas sabemos que tiene la pluma desenvuelta y expresiva. Digo esto porque él quizá debía escribir su particular tratado de Teología, ahora que no hay peligro de inquisiciones. Podría titularse «Tratado de Teología por el heterodoxo don Pedrito Gilabert».

Sus santos a veces llevan sobre el vientre un santo niño, y en la espalda colgado otro santo, y entre santo y santo guirnalda, ramos de flores, escorzo milagrero de pájaros. ¿Se trata de aprovechar bien la madera, de no dejarle desvalidas zonas, huérfanas de la gracia del Arte? He dicho en otra ocasión que Pedro estaba reinventando las mitologías... Mitología y Religión se enlazan en sus planteamientos. Leemos en los «Diálogos» de Platón que en un banquete dado a Sócrates, con motivo de haber sido premiada su primera tragedia, se dialoga entre los asistentes sobre el Amor, y Aristófanes, poeta cómico pero profundo, inventa una leyenda sobre su origen. Según él existieron unos seres llamados «andróginos» que comprendían en el mismo ser la doble dimensión del varón y la hembra. Eran seres fuertes, satisfechos, capaces de felicidad por si solos. Cayeron en un pecado de soberbia y Júpiter, en castigo, los desgarró en dos. Desde entonces existe el hombre y la mujer buscándose incansablemente, con la nostalgia de su estado primitivo. Es una antigua, espléndida leyenda, que llega a una conclusión verdadera. Para realizar nuestro artista esos seres con dos caras, con varias fachadas, podría pensarse que se ha inspirado en el relato de Platón, cosa imposible porque nunca leyó a Platón, que yo sepa, o en el misterio de la Santísima Trinidad, cosa tampoco probable por no ser él muy dado a meditaciones agustinianas. Esos complejos seres de Pedro Gilabert nacieron del poder desnudo de su imaginación y son resultado de dogmas y mitos presentidos, y la espada de Júpiter no prevalecerá sobre ellos porque están tallados en olor de santidad.

Decía yo que Pedro debía de escribir un tratado teológico, también debía escribir una Historia de España. Es largo el repertorio, dentro de su obra, de personajes históricos y son muy personales y sustanciosas sus explicaciones sobre el asunto. Son sabias sus exaltaciones, sus críticas y hasta sus anacronismos. Sería una historia muy distinta de la Historia sagrada de España de nuestra niñez, de las historias negras, de las historias mágicas, del gran potaje nacional ideado por don Benito Pérez Galdós... No se le aparecería el espíritu de don Américo Castro para recriminarlo, sino para darle la enhorabuena.

Hablemos de otra faceta de su obra. He dicho en otra ocasión que estaba enriqueciendo mágicas faunas imaginativas. Su reserva personal de seres nacidos del cruce de animales reales y soñados, es asombrosa. Desde la gracia alada de pájaros que nos recuerdan a el «pájaro lunar» que canta y sobresale entre la obra escultórica de Miró, hasta esos monstruos dominados en su reptil ferocidad, hay toda una gama de seres prodigiosos. En algunas de estas esculturas se libra esa gran batalla del siglo XX entre lo abstracto y lo figurativo.

La riqueza de sugerencias que provoca esta fauna irreal es asombrosa. Pongamos un ejemplo: Fijémonos en ese animal mitad marino, mitad terrestre. Dos seres en uno, en perfecta simbiosis y complacencia. Explica Pedro: Cuando está en el mar su mitad marina mantiene y deja un descanso a su mitad terrestre, y cuando está en la tierra al contrario. Como una interpretación de los sueños podemos adentrarnos en lo que esto puede significar. En el subconsciente del artista, es indudable, se forja la idea de este ser, consecuencia de la sed de libertad en el tiempo que tiene el hombre, de crecer su tiempo para el ocio, de crecer su tiempo para una actividad creativa, restándolo del que ocupa el trabajo obligado, casi nunca aceptado vocacionalmente, para el necesario sustento. Sueño de paraíso. Así el hombre, una vida en el mar, otra en la tierra, en desentendimiento posible y constante de los vulgares quehaceres cotidianos. Milagro de una doble vida, a la par y distinta.

Las sugerencias son infinitas, mi tiempo para esta exaltación de Pedro Gilabert debe ser limitado. Pasemos a otro capítulo de su obra, yo lo llamaría el capítulo de los juegos. ¡Cómo ha debido divertirse el artista alzando esos castillos de muñecos articulados, malabarismo y primavera, en alardes de gracia y movimiento! ¡Función circense!

¡Pasen, señores, pasen! ¡El monstruo de las tres cabezas, los hombres-pájaro...! ...Y también las travesuras, el ingenuo erotismo, esas fornicadoras chicas de la discoteca, los boxeadores, la pasión deportiva... Está claro que muchas de estas obras las realiza el artista para gozo, para propio divertimento, desconfiando que un comprador burgués pueda llevarse algo que sería la vergüenza de la casa... Y para que estos trabajos realizados por el niño-artista que en realidad es Pedro, emplea maderas claras de olivos jóvenes, sin la oscura veta solemne predestinada para empeños más serios.

Hay quien cree que el artista imita, para realizar parte de su obra, trabajos hechos por los indios y vistos en su estancia en América. El asegura que en América sólo fue a dejarse la piel y el sudor, y no vio arte indio. No puede discutirse su poder creativo, aunque es indudable que influya en su obra todo lo visto, pues no tuvo otro magisterio que su curiosidad ante la Vida. Las Artes populares y primitivas siempre impresionaron a los artistas; recordemos la influencia de las máscaras africanas en Modigliani y de la escultura negra en Picasso.

Hay en este artista un ideal clásico de belleza acomodado a la sensibilidad de los nuevos tiempos. Obedece al instinto y lo elemental se le convierte en mágico. Todo esto es muy importante, pero sobre todo está la dimensión de su personalidad irreplicable, su capacidad de ternura, la inmensa pradera de su alma abierta a la Amistad y a la comprensión humana.

A lo largo de estas, mis humildes palabras en exaltación del artista, he citado varias veces a García Lorca. Será porque pienso lo que hubiera gozado Federico si hubiera encontrado en su circunstancia vital a Pedro Gilabert, será porque dejó claves en su obra para com-

prender a seres tan elementales y profundos como nuestro artista. Puede ser que el espíritu de Federico García Lorca flote sobre nosotros, convocado por mí, con el recuerdo de que se cumplen hoy años de su nacimiento, de que un cinco de junio de hace ochenta y ocho años vino al mundo uno de los poetas más grandes de todos los tiempos.

Pero también los poetas se equivocan. «Se equivocó la paloma...» «También la primavera se equivoca», digo yo en mis versos. Se equivocó García Lorca cuando dijo en su elegía en la muerte de Sánchez Mejías, del torero Ignacio Sánchez Mejías: «Tardará mucho tiempo en nacer si es que nace, un andaluz tan claro, tan rico en aventura». En Andalucía hay una estirpe de seres propicios a que se de el milagro, un milagro de claridades supremas y de caudales de aventura. La existencia de Pedro Gilabert lo confirma.

Y quiero terminar con un soneto que le hice hace tiempo, y que repetiré siempre, porque para mi es como el padrenuestro de Pedro Gilabert:

La boca de los hornos, la besana,
lo fecundo, lo puro, lo primario
se ensancha con su aliento milenario,
cruce de ruiseñor y de campana.

En su corazón guarda cuanto gana,
un oasis creador en lo estepario.
Es un prodigio este hombre-relicario
que se viste de sol cada mañana.

Hizo fecundo el cauce al Almanzora.
Se encarna en la criatura que diseña
cumplido ya el sudor, su amor cumplido.

Niega ocasos y nace en cada aurora.
Es Pedro Gilabert que esculpe y sueña,
joven el corazón y malherido.